

Asturianos por contagio.

Manuel Campa

Una de las figuras asturianas más sorprendentes es la que Pérez de Ayala describe como asturiano “por relación y contagio”. “En apartadas regiones del Globo –escribe el autor de “Tigre Juan”- hay asturianos tan asturianos como los más asturianos, y que, sin embargo, ni han nacido en Asturias, ni jamás la han visto”. No seré yo quien niegue que el mismo fenómeno puede darse con los naturales de otras regiones. Pero lo que hace significativa esta figura de los asturianos por contagio es su relativa frecuencia. Por lo pronto, conviene recordar que no es tan habitual como pudiera creerse que los oriundos de cada zona se organicen cuando van por el mundo. Hay, por ejemplo, más centros asturianos que catalanes, fuera de la región de origen, muchos más. Y esto lo digo, no como crítica a Cataluña, sino con la misma admiración con que un político asturiano de mediados del s. XIX, Fernández Negrete, proponía en las Cortes Españolas a la industriosa Cataluña para admiración de los demás españoles. Esta capacidad de los asturianos para asociarse fuera de Asturias es verdaderamente espectacular. La primera sociedad española que se crea en Chile, el último día del s, XIX, no corresponde a ninguna pomposa autonomía actual, sino a la parroquia de Libardón (Colunga), que, con unas doscientas casas distribuidas en los lugares de Estabayo, Fano, los Toyos, Pumerin, Raicedo y el propio Libardón llegó a tener centros importantes en México, La Habana, Buenos Aires y Santiago de Chile. Eso que yo sepa, pues es seguro que debió de tener alguno más. El mismo gesto del cura de Libardón de buscarle una moza con casería a Ramón García Tuero, el gaiterín de Arroes , para que, después, llevara por todo el mundo el nombre de la parroquia de Libardón, da una idea de la grandeza y sana ambición de los vecinos de este pueblo.

Probablemente, esa capacidad de los asturianos para organizarse fuera arranque del gesto de compartir –faltando, eso sí, a las más elementales normas de higiene- el mismo vaso de sidra, que, de vez en cuando se extraguayaba en un balde con agua estancada, colocado sobre el techo de un carro del país. Esta vieja costumbre desesperaba a los boticarios, que ya esperaban, después de cada romería, un incremento de la tuberculosis. Incluso las sociedades comerciales entre asturianos fueron siempre más duraderas en América que en casa. En cada centro asturiano del mundo hay un grupo de asturianos por contagio. En una comunidad asturiana de la autonomía madrileña hay un abanderado, que se viste de asturiano y porta con orgullo los símbolos astures, que es de Cuenca; se identificó con nuestra región con el trato cordial de los asturianos que viven en Alcobendas y con las visitas a Asturias. En el Centro Asturiano de Berna hay un grupo de jóvenes españoles no asturianos. Y, en un lugar tan alejado físicamente de Asturias, como es el Centro de Tampa, en Florida, conviven con los asturianos de origen, gallegos como José Vivero o italianos como Angelo, que gustan de visitar Asturias.

Los asturianos en América –como los demás españoles- han empezado organizándose con fines solidarios, con las mutuas asistenciales, hace más de un siglo, incluyendo, después, con la fundación de los centros, fines culturales, buscando conciliar la integración en los países de destino con el mantenimiento de la identidad asturiana, sobre todo mediante el cultivo del folklore tradicional. Pero la vida se proyecta hacia el futuro, y uno de los desafíos actuales es lograr la comunicación y coordinación entre los jóvenes profesionales de origen asturiano dispersos por el mundo. Los de fuera responden, siempre han respondido; la responsabilidad de conseguir ese logro

corresponde, sobre todo a los asturianos transmontanos, a quienes con esa denominación consideraban los romanos que estaban detrás de los montes, un poco fuera del mundo, es decir a quienes nos quedamos a vivir dentro de Asturias.

En cada comunidad de Asturias por el mundo hay unos cuantos asturianos por contagio, que nuestros paisanos han atraído al construir allí nuestra región en miniatura. Yo tengo serias dudas de que los asturianos de dentro tengamos tanta capacidad para integrar a quienes llegan aquí de otros países. Entre los datos que ofrece el magnífico estudio del profesor Lorences sobre las salidas profesionales de nuestros universitarios, hay uno que, a medio plazo, me parece casi tan preocupante como las dificultades de encontrar trabajo a los recién graduados, y es que casi no existen estudiantes de fuera de Asturias. Siendo la Universidad de Oviedo actual seguramente muy superior en investigación y docencia a la de hace treinta años, sin embargo, y a pesar de los numerosos intercambios con Universidades extranjeras, resulta alarmante que el porcentaje de alumnos asturianos alcance un 97%. Porque esto acentúa, con el tiempo, el síndrome transmontano, la negativa a salir de la región. Se ha dicho muchas veces: no es malo que los jóvenes universitarios asturianos tengan que pasar Pajares; lo grave es que todavía no tengan aquí las posibilidades deseables de encontrar un buen trabajo para regresar. Y esta es una de las principales obligaciones de las Administraciones Públicas y de los empresarios asturianos: ir creando las condiciones de progreso que faciliten el regreso de los asturianos mejor preparados, que son, casi siempre, por estudios, experiencia y valor personal, los que han quemado las naves y pasaron Pajares.

Cuando Unamuno, siendo todavía joven y racionalista, escribe “En torno al casticismo”, (1895), lamenta los excesos, por una parte de los casticistas –“Mi yo, que me quitan mi yo”- y, por otra, de los snobs –“¡Ojalá que nos invadan!”-. Este libro, que adelanta tantas ideas después desarrolladas por Ortega, mantiene una perenne actualidad. Parece escrito pensando en algunas de nuestras controversias asturianas de hoy, donde se dan unos casticistas, dispuestos a imponer, a toda costa, algunas de nuestras tradiciones culturales, frente a unos snobs, tan obsesionados en estar al día que desprecian totalmente cuanto huela a tradición asturiana. Las dos corrientes, que, dentro de unos límites de moderación, pueden ser complementarias y muy beneficiosas para la vida pública asturiana, se convierten en un peligro, si alcanzan la conexión con el poder. Vividas sin límites, no tienen el atractivo mínimo para aumentar los asturianos por contagio, que los asturianos cabales, llenos de dudas y humor, incorporan continuamente por el mundo.